



OJOS SABEDORES PARA EL «CANTICO» DE JORGE GUILLEN

ES pobre el molde de cualquier poética para enmarcar en él esta aventura hacia la esencia que se dibuja en el *Cántico* guilleniano. Cuando un hombre se enfrenta con algo para vibrar, desde lo íntimo de su ser, a los acordes de la belleza, si esa vibración se manifiesta en palabras, decimos que ese hombre es poeta. En *Cántico* ocurre algo más alto que esto. Jorge Guillén ha sabido adentrarse en el paraíso encantado de la reconditez del ser. Lo obvio hubiera sido acercarse llanamente—como lo han hecho otros muchos—a lomos de la especulación o de la reflexión filosófica. Si se quiere, quizás tan obvio—y tal vez, más humano—hubiera sido una simple ascesis poética. También así son algunos los que han tocado el misterio del existir. Guillén no se muestra como filósofo, pero no ha querido despreciar el «saber» en su aventura. Ha procurado apoyarse en la poesía, pero ésta, abandonada a sus simples recursos, le ha parecido débil. Entonces —¡oh encanto característico, personalísimo, de este clásico de ahora!— se ha pronunciado por la que se ha dado en llamar poesía intelectual. En fin de cuentas, sería lo mismo decir que la poesía para este «cántico» ha abandonado sus trillados moldes de la sensibilidad para alcanzar así el más alto hito de todo empeño emocional. La poesía que se ha albergado en la mente. O si se prefiere, la inteligencia que no sólo sabe conocer sino también sentir.

Es conveniente recalcar esta nueva función de la inteligencia—y que tampoco lo tomen muy en serio los filósofos—para convenir, ya desde ahora, con los augustos defensores de la «poesía humana». El sentimiento



no falta en Guillén (1). Más, creemos sinceramente que el júbilo del que brota su cántico está inmerso en profundo y variadísimo sentimiento. Sin sentimiento no hay poesía. Pero tampoco hay razón para restringir el área del mismo a lo puramente sensorial y menos aún a lo morboso. Hay otra aristocracia del sentimiento señalada con la impronta de la inteligencia. Ni aun siquiera queremos negar que en multitud de casos Guillén arranque de la más trivial sensación; sólo reseñar que si lo hace es para elevarse, al punto, al plano de la abstracción.

Alta poesía, pues, y poesía intelectual la de Guillén (2). Así lo han reconocido hasta lo más reacios. ¿Pero cómo es esa poesía de la mente? ¿Cuál es su característica distintiva o, si se quiere, cuál su más logrado hallazgo? Es en una bellísima décima—esa décima, poética exaltación de la acogedora penumbra de la siesta y que tantas veces ha sido citada—donde el poeta ha esbozado—sólo brevísimo bosquejo—el canon de su arte.

*¡Beato sillón! La casa
Corrobora su presencia
Con la vaga intermitencia
De su invocación en masa
A la memoria. No pasa
Nada. Los ojos no ven,
Sabén. El mundo está bien
Hecho. El instante le exalta
A marea de tan alta,
De tan alta, sin vaivén (p. 185) (3).*

Los eternos detractores de la poesía difícil—y Guillén, hay que reconocerlo, es, en cierto sentido, poeta difícil—han ridiculizado estos versos haciendo hincapié en la primera frase, quizás algo dura. Pero la entraña del poema es magnífica. La pesantez de la siesta está en su cenit. El tiempo se ha hecho denso hasta cuajarse e invita a la meditación. No

(1) DÁMASO ALONSO en precioso estudio—matizado de interesantes anécdotas personales en su vía de intelección de la poesía de Guillén—, se esfuerza en probar esta tesis, consiguiéndolo plenamente. *Poetas Españoles Contemporáneos*. Ed. Gredcs. Madrid, 1952, pp. 207-243.

(2) RICARDO GULLÓN y J. M. BLECUA se encargan de señalar esta índole de la poesía guilleniana en su estudio *La poesía de Jorge Guillén*. Zaragoza, 1949.

(3) Citamos la tercera versión de *Cántico*. Méjico, 1945. No tenemos en nuestras manos la cuarta al rellenar estas cuartillas.



és ya toda la casa la que se patentiza en «su invocación en masa a la memoria». Es el mundo entero el que está en alza. Y lo está en «mareas» tan alta porque son los ojos del poeta quienes lo están. Los ojos no ven; los ojos saben. No sólo los ojos sino la inspiración misma; es la poesía que en Guillén se ha hecho autoconsciente. No es extraño, ya, que todo le parezca bueno y plausible. En el plano de la mente donde se ha hecho la abstracción del dato concreto con su escoria y su cal, para elevarse a la esencia, ésta aparece en su virginal desnudez con todo encanto, como si estuviera recién hecha, como al salir de las manos del Hacedor.

Este «beato sillón» sirve, entonces, de ocasión para que Guillén nos muestre su concepción de la poesía. En esta décima se encierra la poética guilleniana y el sillón, podría decirse donosamente, es su Academia.

Autoconciencia esta de su poesía que parece reflejarse; veladamente, como en leve balbuceo, en la misma temática de sus poemas. Como si las cosas, los animales, el mundo jubiloso de *Cántico* se conociese a sí mismo. Ahí ese caso del cisne que en elegantísimos versos como la curva de su cuello

*...fiel a través de una calma
De curso transparente,
Contempla muda y remota su alma:
Deidad de la corriente (p. 125).*

Ahí también el iris de ese can amigo, concentrando tanto de reflexión para no decir nada como dato y decirlo todo como esencia.

*¿Desde qué amanecer me miran esos ojos?
Con pureza de próximo que no es cómplice humano
—;Pupila tan pueril junto a un iris tan grave!—
Asciende esa mirada de tan remota fe.
¿Desde qué abismo tierno me miran esos ojos? (p. 244).*

Mas quizás sea ese «tablero de la mesa»—tema al parecer tan poco poético—donde este tono intelectual de la poesía guilleniana luce su mayor gala y donde el poeta afronta el problema en toda su crudeza. Si siempre su palabra está preñada de idea abstracta y justa—la justeza de su verbo es precisamente fruto de su abstracción—es en la condensación de esa madera donde, sobre todo, aparece la norma rectora de una potente inteligencia.



*¡Tablero de la mesa
Que, tan exactamente
Raso nivel, mantiene
Resuelto en una idea*

*Su plano: puro, sabio,
Mental para los ojos
Mentales! Un aplomo,
Mientras, requiere al tacto,*

*Que palpa y reconoce
Cómo el plano gravita
Con pesadumbre rica
De leña, tronco, bosque*

*De nogal. ¡El nogal
Confiado a sus nudos
Y vetas, a su mucho
Tiempo de potestad*

*Reconcentrada en este
Vigor inmóvil, hecho
Materia de tablero
Siempre, siempre silvestre! (p. 40).*

¡Cómo pesa ese nogal confiado a los nudos y vetas del tablero, al tanto tiempo de potestad del mismo! Parece como que la misma mente está pesada, embotada de tanto vigor de pensamiento, pesarosa de su densa aventura por el bosque. A una matización tal sólo se ha llegado a fuerza de depuración, concentrando la poesía en sí misma una vez adquirida la primera vibración. Y aquí la vibración ha surgido de la mente. Así se explica el vertiginoso dinamismo de su poema, siempre pletórico, cabalgando un verso sobre otro hasta diluirse en el último y quedar así completo.

Tal es la poesía mental, la que sabe ver la idea—valga el pleonasm—idealmente, con conciencia, y en esa reflexión encuentra al sentimiento. Abstracción que se sustenta sobre cada ser vulgar y cotidiano; al amor de una curva de asa, giro que encierra un mundo para el poeta.



*Y por un filo escuetó,
O al amor de una curva
De asa, la energía
De plenitud actúa (p. 21).*

No parece que se pueda pedir más belleza de expresión ni más objetividad concentrada en algo tan etéreo como la plenitud. Mas eso sólo es posible por la virtud de unos ojos mentales; al contacto de una sensibilidad exquisita sometida al dictamen de una inteligencia no menos sensible pero escueta y firme.

A título de un mayor esclarecimiento, todavía cabría decir más. Ahora ya puede hablarse sin rodeos. En este plano a que hemos llegado en *Cántico*, la poesía sola se desvanecería. El acierto de Jorge Guillén—lo indicábamos antes—está en saber encajar un pensamiento de orden filosófico, dentro de la poesía y de su expresión. Si la poesía y la especulación filosófica suponen tanto encanto para el hombre, el maridaje de ambas, por fuerza tiene que ser fecundo.

Es, entonces, el momento de tocar la esencia de las cosas. Esa poesía así capacitada y posesionada de su grandeza, puede decirse, con verdad, filosófica. Así en el asombro ante el existir de cualquier mínima criatura de la creación. Guillén vibra con profundo asombro ante el universo.

*¡La mañana!
El olor a intemperie con rocío se ensancha,
Busca espacio
Virgen, profundidad de viento irrespirado.
Y la hierba
Recién aparecida, asomándose apenas
Con su verde
Pueril a los terrones que una gracia remueve,
De una vez
Extrema en el atónito su vocación de ser (p. 98).*

Y no siempre es preciso que nos lo diga el mismo poeta. Precisamente el encanto—el verdaderamente gran valor de su poesía—está —repetimos de nuevo—en esa abstracción tan suya, en ese ponernos en contacto con su sentimiento sin necesidad de decirnos cuál sea. Ser y mucho ser reflejan los versos.



Voy salvando el presente
Eternidad en viño (p. 17).

Ya tenemos al Guillén esencial. Es su atracción por lo profundo. No es que se quede en un mundo muerto, de esencias momificadas—su poesía es de lo real y viviente—; es que quizás por ese buscar la esencia, despreciando la hojarasca, sea tan humana su poesía, e, indiscutiblemente, por eso es tan «poesía». Eso lo sabe Guillén y le cuesta tensión e inteligencia, pero hace propósito de mantenerlo:

..... *Siga*
Mi libertad al arroyo
Resuelto y dure mi pacto
—A través de los más broncos
Accidentes—con la esencia (p. 393).

Tampoco quiere decir esto que Jorge Guillén haya convertido su lírica en una matemática repetición de la esencia lograda poéticamente. Su humanismo le lleva a vibrar con todos los motivos que hacen vibrar al corazón del hombre, los que cantaron todos los poetas. ¡Pero de qué manera tan diferente y tan personal!

Así ha dado alcance Guillén a ese maravilloso objetivo de la poesía que consiste en tocar la verdad de las cosas. Verdad lograda con intensidad y sin la más leve escoria de anécdota. En unos versos magistrales nos describe unos pinares. No dice más, pero él y nosotros llegamos a percibir la vigorosa fuerza del bosque. Esa verdad de un pinar lejano que es la amplitud. Es la virtud de su poema completo. Diseminándolos, sus versos no nos dirían nada.

Lejos, abajo, los pinares tienden
Masas de duración. Son los oscuros
Verdoses que, ceñidos a la tierra,
Desde abajo extendiéndose, levantan
La quietud en tensión de los follajes
Prietos. Y densamente duran, verdes
En su avidez de una amplitud de cima
De una cima sin fin a la redonda,
Mientras cunde y se exalta por sus círculos
Aquel olor a espacio siempre inmenso (p. 249).



Esto es ya vivencia cósmica. No es solamente la visión de un paisaje de pinos; es todo el universo que alcanza presencia en la amplitud de esos pinos cósmicos. Cada una de las palabras del poema va dando así un sentido nuevo a cada una de las cosas que señalan; es el sentido de la unidad y de la totalidad que el poema descubre.

Si ahora quisiéramos darnos un poco a la meditación, reflexionando sobre el papel que la inteligencia juega en la poesía de Guillén y el puesto que el mismo Guillén le ha asignado en su obra, serían muchas y prolijas las consideraciones. Solamente tres queremos señalar:

Primero, la inteligencia como fuente de poesía en *Cántico*. ¿Qué nos dice, si no, ese «tablero de la mesa» ya estudiado? Toda la gran emoción del poema proviene en él de la mente. Es una profunda intuición mental la que, a través de esa superficie concreta e inerte, quiere llegar a la misma reciedumbre del vegetal indómito. El nogal visto con ojos mentales. Toda la densa historia de un mueble desde que se mostraba sólo como posibilidad verde en la materia—fresca entonces, hoy seca y trabajada—que en la actualidad le sostiene en vilo.

Segundo, la inteligencia como norma de poesía; como rectora de la expresión. Buen ejemplo esas masas de duración de los pinares. Ese toque intelectual que desdibuja el contorno de esos pinos de hoy para hacer que densamente duren...

Y, por fin, tercer punto, la inteligencia como sentimiento de la poesía. Escojamos otra preciosa décima.

*Yo ví la rosa: clausura
Primera la armonía,
Tranquilamente futura,
Su perfección sin porfía
Serenaba al ruiseñor
Cruel en el esplendor
Espiral del gorgorito.
Y el aire ciñó el espacio
Con plenitud de palacio
Y fué ya imposible el grito (p. 188).*

La visión de una rosa nos ha llevado a comprenderla con todo su posible poder de evocación; con su tiempo y con su invocación a la armonía; con el valor expresivo que los elementos, el aire, que le rodean ad-



quieren a su contacto. Con su poder cautivador no sólo sobre el ruiseñor sino también sobre nosotros. El encanto nos ha sobrecogido. El sentimiento brota a raudales; pero el aire, celoso, avaro de tanta belleza, ha cerrado el marco circundante para que la concentración sea mayor. Ya no es posible el grito. El mismo júbilo que sostiene a este inmenso *Cántico* se ha marmorizado. Lo gozamos todo pero sin exclamación siquiera. Sólo los ojos, sabedores, conscientes, lo ven y lo comprenden todo.

